

La Tuna

Emilio de la Cruz Aguilar

Editorial Complutense. Madrid, 1996.
163 páginas, 2.200 pesetas

EL estudiante cantor, como bien indica en este curioso y completo libro Emilio de la Cruz, el alumno músico, bohemio, juglar, a veces poeta, es un tipo de enorme tradición en Europa. Desde los albores de nuestra literatura, encontramos ejemplos de estos universitarios que practicaban la música y el canto, viajando y dando serenatas. La afición trasnochadora de estos personajes podemos remontarla en su documentación a la época de las Partidas de Alfonso X el Sabio, e incluso a un autor como Ramón Lull, que fue en su juventud un poco tuno, y que critica en su «Libro del orden de caballería. Príncipes y juglares» a los juglares de ronda noctámbula. Pero es en «El Libro de Buen Amor», del Arcipreste de Hita, donde encontramos una primera clasificación de tunos en dos tipos: el estudiante rondador, nocherniego, y el estudiante pobre «que demanda por Dios». Para Emilio de la Cruz, Juan Ruiz sería uno de los primeros maestros de la Tuna, el más importante, de ahí que le haya homenajado en alguna ocasión la Tuna de Derecho de la Complutense.

Emilio de la Cruz Aguilar, doctor en Derecho y licenciado en Ciencias de la Información, en la actualidad es profesor de Historia del Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, así como vicedecano de esta misma Facultad. No en vano conoce a fondo esta institución, tan popular en España, pues él mismo fue miembro de la Tuna de Derecho de la Complutense, y actualmente es su cancelario. Su experiencia le ha llevado a redactar libros sobre este tema, aparte de su labor especializada en Derecho, o sus colaboraciones como escritor humorístico en publicaciones como «Hermano Lobo», «Sábado Gráfico» o «Pueblo», entre otras. Sobre la tuna destacan sus aportaciones con libros como «El Libro del Buen Tunar» o «Crónicas de la Tuna». El humor y el rigor científico, la erudición como método mnemotécnico, traspasado de ironía y de criterio de autoridad, hacen de éste un libro ameno y riguroso, documentado y valioso, porque aúna el estudio histórico de una institución muy relevante en nuestras universidades, con multitud de datos muy variados, desde letras de canciones que están en nuestra memoria histórica hasta otras tonadas más desconocidas, curiosidades, referencias literarias y de Derecho, anécdotas variadísimas, hasta la reproducción facsímil del «Arte Tunantesca», de I. Farinelo, encontrado en la Biblioteca Nacional, y que nuestro autor sitúa en el siglo XVIII.

Se combinan aquí tradiciones y relevos. Los jóvenes que quieren tomar parte en la Tuna tienen también su parte ceremonial. De manera casi exhaustiva, el autor recupera estos rituales. El primer testimonio de la actitud de los veteranos referente a los novatos, como señala De la Cruz, es la constitución «Omnem reipublicae», de 533, del emperador Justiniano, quien no pudo acabar con las novatadas, y desde el siglo VI las bromas a los neófitos de muchas instituciones perviven, así como en la Tuna, que tiene sus propias reglamentaciones, que, con gran escrúpulo científico y excelente humor, recoge este amenísimo libro.

Beatriz HERNANZ

La interpretación cervantina del «Quijote»

Daniel Eisenberg

Traduc. de I. Verdaguer. Compañía Literaria. Madrid, 1995. XX + 253 páginas, 2.800 pesetas

CON buena presentación tipográfica, correctamente traducido por I. Verdaguer, y revisado por el propio autor, acaba de aparecer en España el libro «A Study of Don Quijote» de D. Eisenberg (primera edición 1987, Newark, Delaware, USA), importante contribución a la bibliografía cervantina. Planteado desde perspectivas autoriales, el libro se propone analizar cuáles eran los propósitos del genial novelista al escribir su «Don Quijote», qué significado quiso darle y cómo deseaba que se le leyera. Digamos desde ahora que estamos ante un trabajo vivo, de sosegado análisis científico, apoyado en una sólida documentación —el aparato de notas, profundo y variado, conforma un segundo nivel de lectura de gran alcance—, que dice cosas nuevas y razonables en una prosa persuasiva y funcional. Recomiendo vivamente su lectura a quienes deseen acercarse a la obra maestra de Cervantes para disfrutar virginalmente de su lectura, ejercitándose en una crítica desinhibida y con-creadora.

Me convence, por ejemplo, el especialista cuando afirma que el «Quijote» es un libro muy distinto de lo que su autor quiso que fuera. Y lo es porque, como obra clásica que es, admite —y hasta exige— interpretaciones muy diferentes de las que, históricamente, el autor quiso darle. Poco nos importa hoy, en efecto, desacreditar los libros de caballerías, exaltar ideales heroicos de abolengo medieval, o discutir la validez del matrimonio pos-tridentino, la penitencia de amor o la limpieza de sangre. Desde las actuales perspectivas, nos interesa más el «Quijote» como obra de arte del lenguaje, como espejo de un país y una época dinámicos y abigarrados, como apología de la libertad y el altruismo, repertorio de consolaciones y panoplia de propuestas de vida. Mañana serán otros los valores que interesen en sus páginas inmortales. El «Quijote» será siempre, sin duda, objeto de lectura. Lo que no puede predecirse es cómo será leído en cada momento y qué buscarán —y encontrarán— en él sus sucesivos lectores.

Planteando cuestiones de parecido interés transcurre la práctica totalidad de la obra. En ella se nos demuestra el sincero in-

terés de Cervantes por los libros de caballerías, sus demoradas lecturas de los mismos —debió de juntar una razonable biblioteca a su vuelta de Argel (1580)—, las grandes posibilidades literarias que les adivinaba, y los graves defectos que encontraba en casi todos los escritos hasta la fecha. Me parece muy sugestiva la hipótesis de que iniciara la continuación del «Don Belianís de Grecia» como una novela caballeresca seriamente «terapéutica», y la propuesta de interpretar

«El famoso Bernardo» como una novela histórica, nacional y religiosa que preparaba el contexto del «Quijote» y quedó inconclusa por previsibles problemas de recepción. El examen de las teorías sobre su género literario es de gran finura crítica, así como la propuesta de considerarlo un libro de caballerías burlesco que, sirviéndose de razonamientos y ejemplos, proporciona información y doctrina para provecho de los lectores.

En esta misma línea habría que colocar el capítulo dedicado al didacticismo, estudiando desde la perspectiva horaciana del «delectar y aprovechar». Me ha interesado mucho, en fin, el análisis del humor en el «Quijote», que se vincula a la teoría pincianesca del contraste entre lo que ocurre y lo que sería adecuado.

Quiero terminar esta reseña insistiendo en la ejemplaridad de la crítica de Eisenberg.

La literatura ha de ser estudiada, sin duda, desde el rigor más exigente, y con el auxilio de cuantos instrumentos filológicos den solvencia a sus conclusiones. Pero, al mismo tiempo, hay que saber percibir y destacar las vetas vivas de los textos, sus ideas vigentes, todo lo que en ellos nos hace pensar o emocionarnos: el palpitante costado por donde pueda penetrar la lanza de Longinos, y hacer brotar un raudal de sangre nutritiva y agua refrescante. No vale la pena insistir demasiado en la búsqueda de materiales inertes para lucimiento (?) de pseudoeruditos. La crítica literaria —la forma más excelente de lectura— no puede ser autopsia, sino vivisección. O mejor, contemplación lúcida y entusiasta de bellezas encarnadas en palabras.

Cristóbal CUEVAS



«Estamos ante un trabajo vivo, de sosegado análisis científico, apoyado en una sólida documentación, que dice cosas nuevas y razonables en una prosa persuasiva y funcional»

